

lo ideal y lo real, prefirió describir este sistema antes que evaluar las posibilidades de criticarlo y trascenderlo.

Las consecuencias de esta doble reducción fueron fatales. La última teorización de Parsons no sólo resultó menos estimulante sino mucho más vulnerable a los ataques. Una vez que flaqueó el prestigio hegemónico de la sociedad norteamericana, una vez que el encanto del mundo de posguerra empezó a disiparse, el compromiso de Parsons con "el Siglo Norteamericano" lo hizo parecer ideológicamente obsoleto a ojos de muchos. Se emprendió un ataque moralista contra su obra, un ataque que podía sostenerse sobre genuinos problemas de explicación. Inevitablemente, en el afán de montar sus críticas, los teóricos antiparsonianos oscurecieron los verdaderos méritos ideológicos y explicativos de la obra de Parsons.

## 7

### La revuelta contra la síntesis parsoniana

Desde luego Parsons no fue el único teórico sociológico importante de la posguerra. En Francia, George Gurvitch siguió un influyente programa fenomenológico y Raymond Aron desarrolló una sociología política weberiana del mundo moderno. Los críticos sociales de la preguerra, como Theodor Adorno y Max Horkheimer, continuaron siendo influyentes en Alemania, y C. Wright Mills emprendió investigaciones empíricas de estos temas críticos en los Estados Unidos de la década de 1950. Robert Merton, ex alumno de Parsons, presentó una serie de formulaciones teóricas sobre el poder que tenían un alcance más empírico.

Sin embargo, parece indudable que Parsons fue el más importante teórico de la posguerra. Había razones "sociales", o extrínsecas, para este relativo predominio, y las detallaré más adelante. Pero también había razones intrínsecas, intelectuales. Ningún teórico de ese período igualó los alcances de la obra de Parsons, el carácter fundamental de sus preocupaciones, la complejidad de su análisis ni el rigor con que lo llevó a cabo. Tampoco había otros intentos de gran teoría tan centralmente informados por, y dirigidos a, centros de investigación empírica en sociología. Pero sea cual fuere la explicación científica o institucional, la hegemonía teórica de Parsons es un dato empírico innegable. En la sociología de posguerra, su trabajo se convirtió en una referencia teórica central. Ahora intentaremos comprender cómo llegó a su fin este período de posguerra, qué le siguió y por qué.

Aunque la preeminencia de Parsons duró hasta mediados de la década de 1960, las semillas de la rebelión contra las teorías parsonianas o "funcionalistas" ya estaban sembradas a fines de la década anterior. La historia de la caída de Parsons, sus razones y las posibilidades teóricas que surgieron constituirán el tema del resto de estas clases. Sólo contando esta historia con todo lujo de detalles se puede comprender la verdadera historia de la teoría sociológica desde la Segunda Guerra Mundial. Más aun, sólo así podemos ganar una perspectiva teórica para ensayar las posibilidades de la teoría sociológica en la actualidad. Esta preocupación es a mi entender la única justificación real de una empresa de orden histórico. Para ver hacia dónde vamos desde aquí, debemos ver cómo llegamos.

Durante mi análisis de Parsons insistí en que había importantes motivos ideológicos para la creación de su teoría e importantes razones ideológicas para su éxito. Esto no disminuye de ningún modo la significación intelectual de la teoría. Tan sólo subraya un elemento que señalé al principio de

este curso: que cada elemento del continuo científico tiene su propia autonomía. Aunque todos los niveles se interpenetran, cada nivel contribuye al contorno de una teoría dada de manera independiente. Así, he sugerido que aunque la teoría de la sociedad de Parsons no era simplemente ideológica, sus propuestas teóricas generales estaban ligadas a sus esperanzas políticas para la revitalización del mundo de posguerra. El mismo Parsons, desde luego, no habría admitido esta conexión ideológica. ¡Pocos teóricos "científicos" que se respeten enlazarían una teoría con algo que no fueran datos empíricos! Pero, a pesar de las posibles objeciones de Parsons, creo que es obvio que él creía que su nueva y mejorada teoría sociológica podría realizar importantes tareas ideológicas, no sólo explicativas. La teoría no sólo explicaría mejor la inestabilidad social sino que contribuiría al proceso mediante el cual se alcanzaban el consenso político y el equilibrio social. Análogamente, Parsons creía que su nueva teoría explicaría mejor la irracionalidad de la sociedad del siglo veinte, pero además aspiraba a indicar cómo alcanzar una nueva clase de racionalidad ética. Por último, Parsons creía que su nueva teoría eludía la tendencia individualista que imposibilitaba a la teoría utilitarista explicar el orden colectivo; al mismo tiempo, esperaba que su nueva teoría mostrara que la autonomía individual se podía mantener de una manera más social.

Sólo al ver esta dimensión ideológica de la ambición de Parsons se puede comprender cuán estrechamente estuvo el destino de su teoría ligado a los cambios sociales del mundo occidental. Aunque inicialmente se proponía explicar la crisis que la sociedad occidental enfrentó en la década de 1930, cobró popularidad e importancia sólo cuando las perspectivas de la sociedad occidental mejoraron drásticamente después de la Segunda Guerra Mundial. Más aun, en este período hubo un sutil pero significativo viraje en el foco empírico e ideológico de la obra de Parsons. Anteriormente, su teoría sintética se había concentrado en datos negativos y estaba ante todo orientada hacia la crítica, una crítica que en buena medida absorbió el programa positivo de Parsons de renovación ideológica. En la década de 1950 predominó el aspecto positivo de su ambición ideológica. Usó la teoría para enfatizar los rasgos estabilizadores de la sociedad occidental, argumentando que constituían el fundamento de una "buena" sociedad, cuyo modelo principal eran los Estados Unidos contemporáneos.

A la luz de estos fuertes lazos ideológicos, es fácil comprender que todo cambio significativo en el ámbito social de la posguerra afectaría sobremanera la recepción de la obra de Parsons. Para decirlo cruda y sencillamente, si se cuestionaba el prestigio de los Estados Unidos, si dejaban de parecer un modelo de buena sociedad, el prestigio de la teoría de Parsons trastabilaría. Más generalmente, la teoría de Parsons acerca de la evolución social moderna dependía de la posibilidad de crear un "Estado benefactor" poscapitalista y postsocialista. Este moderno sistema social sería capaz de combinar el individualismo con la igualdad, y trascendería los conflictos de la primera sociedad industrial al integrar dentro de una amplia comunidad socialitaria grupos antes oprimidos por cuestiones religiosas, raciales y sociales. Si los cambios de las sociedades occidentales volvían menos probable o me-

no atractivo el logro de tal Estado benefactor, ello tendría grandes repercusiones en la recepción de la obra de Parsons. Desde luego, los cambios en la recepción de su obra no están intrínsecamente relacionados con su validez científica. Una teoría puede ser impopular aunque sea empíricamente verdadera y, viceversa, una teoría puede alcanzar gran popularidad aunque sea científicamente dudosa. Más aun, la teoría de Parsons es internamente compleja y a veces contradictoria. Hemos visto que las posibilidades de su modelo abstracto a menudo se reducían por el modo en que él lo aplicaba en el período de posguerra, y tales conflictos internos se extendieron incluso a las presuposiciones generales de su teoría. Aun así, aunque la validez de la obra de Parsons se debe evaluar independientemente de la recepción que tuvo en la posguerra, ciertamente contenía ciertas debilidades. Al cambiar el trasfondo social de la teorización científica, la rebelión ideológica contra la teorización de Parsons apuntó contra ellas.

Para comprender el trasfondo de la transición que condujo a un abandono de la teoría de Parsons, debemos situarnos en el ámbito de la inmediata posguerra. En los años que siguieron al final de la guerra reinaba la ferviente esperanza —y la difundida creencia— de que amanecía un mundo nuevo, que el sangriento sacrificio había creado las condiciones para una sociedad moderna exenta de las contradicciones y conflictos del pasado. Una alianza de naciones capitalistas y comunistas había derrotado el flagelo del nazismo, y esta unión contenía la estimulante promesa de un mundo futuro sin guerras. Aun después de la ruptura de esta alianza, el rumbo parecía llevar lejos del conflicto. En los países capitalistas, las notables desigualdades económicas del período anterior eran mitigadas por una legislación distributiva que había surgido de la unidad entre clases experimentada por las naciones capitalistas durante la guerra. Con la excepción de algunas escaramuzas a fines de la década de 1940, hubo pocos conflictos de clase en los quince años que siguieron a la guerra, sobre todo en comparación con los años de la Depresión.

En la escena internacional, desde luego, los países comunistas y capitalistas se habían embarcado en el gigantesco conflicto denominado Guerra Fría. Aun así, irónicamente, esto también contribuía a cierto grado de estabilidad y renovación. Los partidos políticos occidentales que criticaban más el desarrollo capitalista atenuaron sus críticas por temor a alinearse —fuese en la realidad o a ojos de la opinión pública— con el comunismo internacional. Rusia conservaba una imagen positiva para muchos "progresistas" occidentales, los intelectuales y activistas que durante la entreguerra habían luchado por el aumento de la igualdad y la integración de clases. En la posguerra, la Rusia soviética expandió mucho su influencia, no sólo en la Europa oriental sino en el Asia. Este avance permitió a la *intelligentista* comunista que permanecía activa en los países occidentales compartir el optimismo de sus colegas progresistas anticomunistas: la buena sociedad estaba surgiendo mediante la creciente influencia del Estado soviético.

A fines de la década de 1950 estas esperanzas habían empezado a desvanecerse. En parte ello se debía simplemente a la constante estabilidad y progreso de los países occidentales, pues esta estabilidad aplacó la angustia

que había alimentado el utopismo de la inmediata posguerra. La "realidad" empezó a afanzarse, y con ella la sensación de que tal vez la organización social occidental no había sufrido una conmoción histórica sin antecedentes. El simple paso del tiempo también minó la estimulante solidaridad intranacional que se había desarrollado durante la crisis bélica. Pero en la posguerra también se produjeron desarrollos fundamentalmente nuevos, cambios objetivos que alteraron la percepción de los ciudadanos e intelectuales acerca de la vitalidad del mundo de posguerra.

A fines de la década de 1950, las sociedades occidentales sufrían nuevamente el asedio de conflictos clasistas y raciales. En los Estados Unidos, por ejemplo, el movimiento de derechos civiles había empezado a causar disturbios en los Estados sureños. La renovación de estos conflictos indujo a muchos observadores a cuestionar los perfiles básicos de la sociedad de posguerra. Un buen ejemplo de dicho cuestionamiento se encuentra en el viraje que sufrieron las ideas del intelectual socialista inglés T. H. Marshall. En la inmediata posguerra Marshall había escrito una serie de influyentes ensayos que habían saludado el Estado benefactor como una alternativa viable ante el socialismo marxista. A fines de la década de 1950, en cambio, había dejado de creer en una oportunidad histórica sin precedentes y de nuevo hablaba contra las nuevas formas de desigualdad y conflicto generadas por la "sociedad opulenta". Tal vez los conflictos que según Marx destruirían la sociedad capitalista —y que según Parsons serían superados por la sociedad moderna— aún estaban allí.

Otro viraje fundamental en la situación social de las sociedades occidentales se relaciona con la orientación de los intelectuales izquierdistas. En 1956, en el vigésimo congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Nikita Khrushov habló abiertamente, por primera vez, de los horrores de la dictadura de Stalin. Las revelaciones acerca de esta oscura noche del comunismo soviético continuaron en los años siguientes. Estas revelaciones fueron muy decepcionantes y traumáticas para la *intelligentsia* comunista de los países occidentales. La posibilidad de crear una sociedad nueva y justa quedó en tela de juicio, y la desesperación resultante quedó sintetizada en un importante libro de ese período, *El Dios que fracasó*. Una vez que la Unión Soviética quedó expuesta como un "fraude", las esperanzas radicales de los intelectuales críticos ya no se pudieron volcar hacia ninguna sociedad real. Esto derivó en una suerte de "trascendentalización". Desplazadas de la sociedad existente, las esperanzas radicales se volvieron más radicales y utópicas. En vez de invertir esperanzas en el futuro de la expansión rusa, los radicales se concentraron nuevamente en la transformación de sus propias sociedades. La revolución cobró nuevamente actualidad en el capitalismo occidental, especialmente en la juventud radicalizada.

Otro factor que pesó notablemente en los ciudadanos e intelectuales fue el crecimiento de la inestabilidad en las naciones subdesarrolladas. En los años posteriores a la guerra, estos países habían sufrido un rápido proceso de descolonización, y Occidente confiaba en que lograrían el desarrollo. Sin embargo, hacia 1960 era evidente que el desarrollo no resultaría fácil, y que por cierto no era un proceso inevitable. Más aun, el "tercer mundo" (co-

mo ahora se lo llamaba) se presentaba cada vez más como una causa de inestabilidad y revolución antes que como un ámbito para el progreso democrático y la realización de los valores occidentales.

Nuevos conflictos surgieron también dentro de los países occidentales mismos. En el nivel de la vida intelectual, filosofías como el existencialismo cristalizaron la sensación de inseguridad que los individuos experimentaban en una sociedad compleja y diferenciada y los cuestionamientos de la autonomía individual que suponía una sociedad industrial, aunque fuera democrática. Los movimientos *beatnik* y bohemios, estimulados por estas filosofías más amplias, elaboraron una crítica de la sociedad de posguerra argumentando que exigía conformidad antes que permitir el individualismo. Alentados por estos movimientos *elitistas*, movimientos *antiestablishment* cada vez más vocingleros y afanzados surgieron en las sociedades occidentales. Este nuevo romanticismo se expresaba con toda claridad en la cultura juvenil. La relativa opulencia e independencia de la juventud de posguerra la transformó en portadora ideal de la cultura sensual y rebelde de la música de *rock and roll*; esta cultura transformó a la juventud en una fuerza crítica de creciente potencia en el mundo de posguerra.

Todos estos acontecimientos — los cambios en la sensibilidad subjetiva y los cambios objetivos en la política y la estructura social— contribuyeron a la creación de una atmósfera ideológica más pesimista y crítica a fines de la década de 1950. Se dudaba cada vez más de que la individualidad y la racionalidad estuvieran en tren de concretarse, y también de que se hubiera garantizado al fin la estabilidad social, la roca sobre la cual descansaban estas esperanzas ideológicas. Esta deflación de la esperanza ideológica dificultó la aceptación del funcionalismo parsoniano. Parsons implícitamente había asociado su nueva teoría con un desenlace positivo para la sociedad de posguerra; si se dudaba de este desenlace, también se dudaba de la precisión de su teoría.

Esta nueva sensibilidad ideológica motivó críticas teóricas al funcionalismo porque surgió junto con significativos cambios en el marco institucional de la sociología occidental. En mis clases iniciales mencioné la importancia de las barreras institucionales contra la sociología en la Europa de preguerra. No sólo había habido gran resistencia inicial al establecimiento de departamentos de sociología dentro de las universidades, sino que la inestabilidad del período posterior a 1914 imposibilitó la creación de nuevas formas de vida intelectual por razones organizativas. Todo esto cambió después de la Segunda Guerra Mundial. En la primera década de la posguerra los sociólogos y estudiantes europeos iban a los Estados Unidos para estudiar lo que se encaraba cada vez más como una "ciencia norteamericana". Pero con la recuperación de la estabilidad y la opulencia de Europa, lo cual incluía la difusión de la educación masiva, se desarrollaron nuevas instituciones académicas que dieron un apoyo sin precedentes a la sociología. Estos nuevos departamentos de sociología se convirtieron en importante fundamento institucional del movimiento antifuncionalista.

El otro fundamento institucional fue la creación de nuevos departamentos de sociología en los Estados Unidos. El período de la inmediata pos-

guerra estuvo dominado por los viejos y establecidos departamentos de Harvard y Columbia. Fue en estos departamentos, como mencioné antes, donde Parsons y sus discípulos ejercieron mayor influencia. Aun en el ex baluarte de la sociología pragmatista, la Universidad de Chicago, la sociología funcionalista —bajo la influencia del colaborador de Parsons, Edward Shils— comenzó a ejercer una influencia decisiva. Con la difusión de la educación masiva en la década de 1950, surgieron otros influyentes departamentos de sociología. Estos nuevos departamentos —Wisconsin, Berkeley, UCLA, Stanford, por nombrar algunos de los más importantes— brindaron recursos organizativos para los jóvenes doctores en sociología afectados por el más pesimista clima ideológico de la fase tardía de la posguerra. En estos departamentos surgieron los cuestionamientos norteamericanos de Parsons.

Alimentada por un renovado pesimismo ideológico y respaldada por una base institucional autónoma, una nueva generación de teóricos arremetió contra la sociología funcionalista de posguerra. Muchos de estos intelectuales entendían que el mundo no seguía el rumbo que las predicciones empíricas de Parsons inducían a esperar, y se preguntaban si su teoría más general era correcta. Aunque la falsedad de la teoría no se consideraba demostrada, la existencia misma de tales dudas minaba el aura de legitimidad que había rodeado y protegido la obra de Parsons, tal como hoy el fracaso de los movimientos revolucionarios ha minado la plausibilidad superficial de las teorías marxistas. Pero no se trataba sólo de cuestiones ideológicas y empíricas sino teóricas, y para los críticos de Parsons las segundas eran inseparables de sus intereses ideológicos y empíricos. En muchos casos, estos desacuerdos teóricos respondían a verdaderas ambigüedades y fallas de la teoría general de Parsons, problemas que he tratado de definir en mis clases anteriores. Sin embargo, en otros casos, los críticos de Parsons incurrieron en los mismos errores teóricos que Parsons ya había "resuelto". A mi juicio, a veces parecían incapaces de aprender de la teoría que criticaban. Por ello, me resulta imposible afirmar que el desarrollo teórico del período posparsoniano haya sido inequívocamente progresista. Amplió nuestra comprensión teórica en muchos sentidos, pero en muchos otros fue profundamente regresivo.

Debo señalar que aunque aceptáramos la teoría de Parsons en su forma más abstracta, los nuevos conflictos empíricos del mundo de posguerra y los nuevos temas ideológicos habrían conducido a cuestionar el marco más concreto en el cual Parsons había encastrado su teoría tardía. Aunque aceptáramos la teoría funcionalista, en otras palabras, el desarrollo de nuevos conflictos económicos y raciales, la inestabilidad del tercer mundo, el surgimiento del existencialismo y las críticas al conformismo, y el surgimiento de una cultura juvenil revolucionaria, nos habrían obligado a elaborar nuevas teorías acerca del "mediano plazo".<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En otra parte he argumentado que, de hecho, muchos de los más importantes discípulos de Parsons procuraron hacer estas revisiones a la teoría general. Véase Alexander, *The Modern Reconstruction of Classical Thought: Talcott Parsons* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1983), págs. 282-289.

La complejidad del cuestionamiento de Parsons nos recuerda algo que señalamos anteriormente: nunca debemos olvidar el distingo entre los niveles generales de las presuposiciones y los modelos y las percepciones empíricas más particulares y concretas con las cuales un teórico "rellena" sus modelos. Además, siempre está la inevitable mediación de la ideología. La teoría de Parsons se puede cuestionar en diversos niveles y de diversas maneras. Los críticos pueden aducir que era totalmente errónea, exigiendo nuevas formulaciones "antiparsonianas" en cada nivel del continuo científico (presuposiciones, ideología, modelos, métodos y proposiciones empíricas). Por otra parte, pueden cuestionar un nivel u otro de la teoría de Parsons, concentrándose en el error de su comprensión empírica, su modelo, su ideología, sus presuposiciones o sus métodos. A mi juicio, uno de los principales problemas de la teoría posparsoniana ha sido su confusión acerca del nivel de análisis que aborda. Por una parte, problemas que surgen de un nivel muy específico de la obra de Parsons se han encarado como si fueran generales. Por otra parte, se han identificado problemas de orden muy general, presuposicionales, con modelos particulares y preocupaciones empíricas. Los críticos a menudo aspiran a cuestionar la teoría de Parsons en toda su amplitud pero en realidad sólo cuestionan uno o dos niveles. Estas estrategias críticas, pues, confunden ilegítimamente los niveles autónomos de la teoría sociológica. Buena parte de mis comentarios siguientes procurarán, pues, aclarar cuáles son las objeciones de los críticos. Trataré de diferenciar los problemas a los que atiende la crítica posparsoniana.

Sin embargo, sean cuales fueren sus afirmaciones, la "forma" de la crítica posparsoniana ha sido relativamente constante. Ha realizado sus críticas exigiendo la recuperación de modos preparsonianos de teorización "clásica". Una referencia crítica continua, pues, ha sido la primera gran obra de Parsons, *La estructura de la acción social*. En esta obra, como ustedes recordarán, Parsons presentaba su teoría inicial a través de una interpretación de eminentes figuras clásicas, sobre todo Weber y Durkheim. Era natural que cuando los críticos cuestionasen a Parsons cuestionaran también su lectura de los clásicos. Este cuestionamiento partía de un dato desconcertante: a pesar de su profundo contacto con sus predecesores clásicos, Parsons nunca fue del todo claro en lo que atañe a su relación con ellos. En el nivel de la teoría analítica, sin duda pretendía superarlos. Creía que había resuelto problemas fundamentales de la obra de los clásicos, o bien que había dado un desarrollo complejo a sus intuiciones. Aquí pensamos en la solución de Parsons a la dicotomía idealismo/materialismo que había acachado las teorías de períodos anteriores. En el terreno puramente analítico, pues, Parsons creía que sus teorías debían reemplazar las de teóricos anteriores, y que a partir de entonces sólo habría que leer teoría "parsoniana". Sin embargo, Parsons sabía que, dado su grado de abstracción, su teorización formal no se podía sostener, ni siquiera comprender del todo, sin utilizar la obra de sus predecesores clásicos. Sus modelos y generalizaciones, por ejemplo, descansaban sobre el material fáctico suministrado por la sociología comparativa de Weber y los estudios de Durkheim acerca de la integración moderna. A pesar de sus aires de superioridad analítica, pues,

Parsons alentaba a sus alumnos a leer y estudiar los clásicos y a utilizar sus formulaciones sustantivas.

Por todas estas razones, era lógico que los críticos de Parsons inicialmente lo cuestionaran mediante una recuperación y reinterpretación de los clásicos. Ante todo, al invocar a los clásicos podían cuestionar la autoridad de Parsons señalando a sociólogos anteriores que eran iguales o superiores a él. Más importante aún, podían cuestionar la teoría de Parsons valiéndose de la gran autoridad de otros enfoques clásicos. Las disputas con Parsons, pues, involucraron grandes controversias acerca de la interpretación de los teóricos clásicos e incluso sobre quiénes eran los principales teóricos clásicos. Parsons había ofrecido lo que para muchos eran lecturas tendenciosas de Weber, Durkheim y Freud. También había excluido de su panteón clásico a Marx, Simmel y Mead, por no mencionar a filósofos como Hegel y Husserl. Aunque los críticos atacaban las teorías de Parsons por razones analíticas de validez científica, sus argumentos iban casi siempre acompañados por ataques contra sus interpretaciones de Weber y Durkheim y por alegatos acerca de la importancia histórica de otras figuras clásicas.

A la luz de lo que acabo de decir, parece raro que la teorización posparsoniana que surgió alrededor de 1960 no se haya presentado explícitamente con un disfraz clásico, como, por ejemplo, sociología "weberiana", "marxista" o "simmeliana". Pero estas nuevas variaciones teóricas no se pueden explicar simplemente como resurrecciones de viejas formas. El hecho de que no se adoptaran nombres clásicos y de que estas formas nuevas no fueran resurrecciones revela algo crucial acerca de los desarrollos teóricos de los últimos veinticinco años. Las teorías que han cuestionado a Parsons no han sido simplemente posparsonianas sino *antiparsonianas*. Entre la teorización contemporánea y la clásica se extendía el formidable *corpus* de la obra de Parsons. Todo intento de abordar las cuestiones sociales de manera nueva y diferente sólo podía hacerlo en relación con esta imponente figura posclásica. A fines del período de la posguerra inmediata el predominio de Parsons era tan grande, y tan difundido era el reconocimiento de su brillantez y originalidad, aun entre quienes cuestionaban su obra, que todo intento de crear una nueva teoría sólo se podía afianzar desafiando aspectos de la teoría que Parsons había intentado establecer. Los críticos no podían prescindir de la tradición parsoniana y empezar de nuevo, aunque buscaran sus fundamentos críticos en tradiciones clásicas que, a juicio de ellos, estaban fuera de los alcances del trabajo de Parsons.

Aquí reside la gran ironía de la teoría sociológica contemporánea. Aunque recurren a los clásicos en busca de guía y de inspiración crítica, estas teorías cuestionadoras sólo se han podido definir a sí mismas en estrecha relación con la obra de Parsons. La teoría de Parsons continúa ejerciendo su tremenda influencia aun durante su "jerrota". Como los intentos de superar su trabajo sólo se podían definir, aparentemente, en relación con un polo negativo, "parsoniano", los cuestionamientos formaron una fase de la dialéctica de la cual nunca pudieron escapar. Esta dialéctica garantizaba que los defectos de la teoría social de Parsons fueran transmitidos indirectamente por sus cuestionadores, pues sus puntos de partida críticos queda-

ban definidos por la postura del trabajo parsoniano. Ello también indujo a sus cuestionadores a tratar de superar a Parsons de un modo puramente negativo en vez de aprender de él. Hegel denominó negación abstracta a esta clase de proceso, y sugirió que una oposición tan puramente abstracta terminaba creando una dialéctica de antagonismos unilaterales e infructuosos. A juicio de Hegel era preferible una negación concreta, una superación que incluyera elementos centrales de la oposición, en vez de limitarse a suprimirla. Estoy de acuerdo con Hegel. En el curso de las siguientes clases sugeriré que la teoría sociológica contemporánea debe escapar de la infructuosa dialéctica entre Parsons y sus críticos. Para que esto sea una negación concreta, se debe comprender la sustancia y la validez de tales cuestionamientos. Mis comentarios procurarán mostrar la interrelación entre Parsons y sus críticos, no simplemente el empecinado antagonismo de éstos.

El primer cuestionamiento teórico en que nos detendremos se llamó a sí mismo "teoría del conflicto". Esta tradición se definió en oposición al énfasis de Parsons sobre "el problema del orden", identificando lo que consideraba su justificación ideológica de la estabilidad con su insistencia en la importancia de los sistemas culturales y el fenómeno "no racional" de la catexis y la internalización. Hubo variantes inglesas, alemanas y norteamericanas de la teoría del conflicto, que tomaron sus inspiraciones clásicas, respectivamente, de Marx, Weber y Simmel. El segundo cuestionamiento que abordaremos, la "teoría del intercambio", siguió a la crítica emprendida por los teóricos del conflicto contra el énfasis parsoniano en la acción normativa y la internalización psicológica, pero difirió drásticamente al criticar su énfasis en el orden colectivo en cuanto tal. Al menos en su forma más temprana e influyente, la teoría del intercambio argumentaba que la negociación individual era el único fundamento de la vida institucional. Inicialmente un fenómeno norteamericano, se inspiraba fuertemente en la economía clásica y el utilitarismo, en Simmel y, en sus últimas versiones, en Marx. El "interaccionismo simbólico" — el tercer movimiento que comentaré — siguió el énfasis individualista de la teoría del intercambio, aunque también aceptó la tendencia parsoniana a enfatizar los elementos normativos del acto individual sobre los instrumentales. Inspirado por el pragmatismo norteamericano, y especialmente por la interpretación de Mead realizada por Herbert Blumer, el interaccionismo simbólico retrataba la negociación individual como un vehículo para la autoexpresión y subestimaba los elementos instrumentales de la manipulación y el control.

La etnometodología y la fenomenología, sobre las cuales también nos detendremos, tuvieron un carácter profundamente ambiguo, y en sus formas alemana y norteamericana temprana enfatizaron los aportes individuales al "sistema cultural" de modo no reduccionista. Su inspiración husserliana y la necesidad de enfrentar a Parsons de manera cada vez más hostil condujeron, sin embargo, a una subestimación de los elementos instrumentales y económicos de la vida y del nivel colectivo en cuanto tal. La "sociología cultural", hermenéutica, a la que me referiré después de la etnometodología, al fin rompe con esta orientación antiparsoniana individualista. Basándose en Dilthey y en el idealismo alemán, abrazó el determinismo de

las restricciones culturales colectivas. Su propia versión del antiparsonianismo se manifiesta no en un ataque contra el presunto idealismo de Parsons sino contra su carencia de él, contra el modo en que Parsons enfatizaba la autonomía de los problemas del sistema social y la independencia de la personalidad. Cuando al fin pasemos a la "teoría crítica", la más importante versión de posguerra del neomarxismo, veremos que, irónicamente, acepta más elementos del corpus parsoniano original que muchos de los cuestionadores "burgueses" anteriores. Se distingue de Parsons por su trascendentalismo ideológico y su visión radicalmente distinta del porvenir social inmediato.

Estos críticos intentaron, y en muchos casos lograron, establecer nuevas prioridades para los tópicos relevantes de la sociología: que el conflicto es más importante que el orden; que la relativa igualdad del intercambio es un tópico analítico más significativo que las normas que lo regulan; que los procesos individuales de formación de sentido son más críticos que los temas culturales supraindividuales; que —inversamente— los códigos culturales estructurales son más críticos que la contingencia y la necesidad; finalmente, que la única modalidad significativa de teorización social es la que hace de las críticas morales, no de la explicación científica, su meta principal. Pero, aunque se establecieron importantes temas nuevos, el mérito teórico general de estos desarrollos posparsonianos sigue siendo, a mi entender, dudoso. La razón para ello es que nunca aclararon plenamente su relación con Parsons mismo. Por una parte, cuestionaron flaquezas genuinas de su obra. Por la otra, reflejaron los malentendidos del propio Parsons y, como buscaban la negación en un sentido abstracto y no concreto, habitualmente elaboraron explicaciones unilaterales que negaban la síntesis como posibilidad teórica. En consecuencia, las afirmaciones teóricas carecieron a menudo de validez, aun cuando la sustancia del cuestionamiento fuera a menudo correcta. Por último, casi todas estas teorías críticas rehusaron, a causa de una tendencia empirista, seguir la obra de Parsons en el nivel más general, no empírico, el nivel de las presuposiciones.

Evaluaré estos cuestionamientos de varias maneras. Primero, los examinaré según los criterios que ellos mismos establecieron. ¿Cuál es su desafío consciente y explícito a la obra de Parsons? ¿Se sostiene? ¿Eran correctos? ¿De veras cuestionan posturas que Parsons de veras sostuvo? A menudo daré respuestas afirmativas a estas preguntas, aunque en muchos casos no. Los elementos positivos y negativos de estos cuestionamientos suelen estar muy entrelazados. Mi segunda línea de evaluación se concentrará en las dimensiones no reconocidas de estas teorías posparsonianas. Aquí intentaré exponer la comunicación distorsionada que han producido con la construcción de antítesis innecesarias, así como el modo en que a menudo (siguiendo la inspiración del propio Parsons) han confundido y reducido la relación entre diversos niveles del trabajo sociológico. Por último, me interesará el cuestionamiento implícito, presuposicional, que hacen estas teorías y evaluaré este aspecto de su confrontación con Parsons desde un punto de vista que abarca — como lo hace la mejor teoría de Parsons — la meta de la síntesis presuposicional. En la medida en que estas teorías críti-

cas asumen desafíos presuposicionales, a menudo trascienden la obra de Parsons, pues, como he señalado, la obra de Parsons es con frecuencia unilateral en un sentido idealista. En la medida en que estos cuestionamientos mismos son manifestamente unilaterales, sin embargo, crean una estéril dialéctica con lo peor de Parsons, y marcan un apartamiento regresivo respecto de las pautas teóricas fijadas por Parsons en sus mejores momentos.

Al continuar con nuestro análisis, el resto de mi estrategia interpretativa se volverá manifiesto. Comienzo a partir de la comprensión de la lógica presuposicional que expuse en mis clases iniciales, las nociones básicas de acción y orden y las implicaciones de cada posición presuposicional para la teorización. También comienzo con una definición de la sociología como un continuo complejo, compuesto de niveles independientes que sin embargo se interpenetran. Cada nivel tiene ciertas propiedades, algunas de las cuales he descrito en mis anteriores análisis de la obra de Parsons. El elemento dinámico de esta conceptualización proviene de la noción de "conflación", la fusión o confusión de niveles diversos. La reducción de la autonomía de cada nivel, la afirmación de que un solo elemento del continuo determina todos los demás, me parece peligrosa.

Por último, en las siguientes exposiciones recurriré con frecuencia a la noción, que ya hemos descrito, de categorías residuales. Cuando se desarrollan tensiones irresueltas en las teorías generales, los teóricos recurren a soluciones *ad hoc*. Para enfrentar estas tensiones introducen, a menudo sin advertirlo, categorías teóricas que son residuales o externas a la vena sistemática y lógica de su argumentación. Tales tensiones se crean al menos de dos maneras, mediante reducciones unilaterales en la postura presuposicional de una teoría o mediante conflación o incongruencia entre los diversos niveles del continuo más amplio.

Aunque las categorías residuales son resultado de tensiones teóricas, en bien de la interpretación a menudo conviene retroceder, a partir del descubrimiento de las categorías residuales, hacia las tensiones básicas que éstas oscurecen. Trataré de mostrar que el descubrimiento de categorías residuales en las teorías posparsonianas puede conducirnos a tensiones centrales en estos trabajos. Sugeriré además que sólo elaborando estas categorías residuales podemos trascender estas teorías — y la de Parsons — de un modo concreto y no abstracto. Sugeriré que los principales seguidores de cada tradición posparsoniana sólo se abren paso cuando retoman las tensiones reveladas por las categorías residuales de la teoría original, y argumentaré que, en la medida en que no logran resolver estas tensiones iniciales, terminan por producir nuevas categorías residuales.

Espero llegar no sólo a una crítica sino a una reconstrucción. Parsons inició su famosa búsqueda teórica con un espíritu de ecumenismo teórico. Deseaba brindar un modo de poner "fin a la guerra entre escuelas" y de paso contribuir a la renovación de un orden social fundamentalmente liberal. Hoy, el espíritu de ecumenismo se ha deteriorado, y las escuelas que Parsons (ambiguamente) procuraba conciliar están nuevamente en guerra. No parece mera coincidencia que este colapso teórico haya coincidido con un creciente pesimismo acerca de las perspectivas del mundo de la posgue-

rra y con el colapso de muchos aspectos de los sistemas sociales modernos. Tengo la esperanza de que la reconstrucción de nuestra tradición sociológica de posguerra contribuya a un nuevo ecumenismo y a un nuevo nivel de síntesis teórica. Aunque soy menos optimista que Parsons, es posible que dicha renovación teórica pueda también contribuir a la clarificación intelectual que tendría que dar fundamento a cualquier futura renovación ideológica y social.

## 8

### La teoría del conflicto (1): La estrategia de John Rex

Si ustedes cogen hoy cualquier texto de sociología verán que la sociología se divide en dos campos opuestos, los "funcionalistas" y los teóricos del "conflicto". Tal vez estos textos también les informen que esta gigantesca oposición no es sólo una cuestión de teoría general sino que informa y divide algunos de los subcampos más cruciales de la sociología empírica. Aunque todo esto es verdad, durante las dos clases siguientes argumentaré que también es lamentable. Aunque nació como un desafío a la teoría parsoniana en el nivel de la generalidad abstracta, la perspectiva de la "teoría del conflicto" se ha infiltrado en la tarea empírica. La sociología política, las relaciones raciales y étnicas, la estratificación, la conducta colectiva y muchas otras áreas resultaron profundamente afectadas por el desafío que la teoría del conflicto planteó al funcionalismo. La teoría del conflicto no fue sólo el primer cuestionamiento importante de Parsons sino que también ha sido el más influyente a largo plazo.

Las teorías que enfatizan el conflicto regresan, desde luego, a los comienzos mismos de la teoría social. Pero lo que aquí nos interesa es cómo resurgió este tema como un rasgo conspicuo e influyente del debate de posguerra. El término "teoría del conflicto" — como alternativa sistemática ante la "teoría del orden" de Parsons— apareció primeramente en 1956, en el libro *Las funciones del conflicto social* de Lewis Coser.<sup>1</sup> Poco después, Ralf Dahrendorf lo usó nuevamente en *Clase y conflicto de clases en la sociedad industrial*.<sup>2</sup> Ambos utilizaron argumentos influyentes, pero a mi juicio ninguno de los dos representa la "teoría del conflicto" en su forma más pura. El libro de Coser constituye una crítica de la teoría parsoniana "desde dentro", aduciendo que aun desde una perspectiva que enfatice los requisitos de los sistemas funcionales el conflicto social se puede considerar positivo y valioso. Aunque el argumento de Coser se inspiraba explícitamente en Simmel y Freud, el trabajo constituye un buen ejemplo de algo que señalé al final de mi última clase: aun los críticos de Parsons retomaron su teoría en alguna parte significativa. La teoría del conflicto de Coser está expuesta desde una perspectiva más o menos funcionalista. El trabajo de Dahrendorf presenta

<sup>1</sup> Lewis A. Coser, *The Functions of Social Conflict* (Nueva York: Free Press, 1956).

<sup>2</sup> Ralf Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society* (Stanford: Stanford University Press, 1959).